

—Hay escape, y cómodo, repuso Julia con una sonrisa: vos mismo me abriéis la puerta de par en par, después de un momento de reflexión. No creo que seáis mal metafísico, hasta el punto de referir la adoración á los actos externos: de otra suerte, Abraham, Jacob, David, y otros santos enaltecidos en la Biblia, hubieran sido idólatras, sólo porque se prosternaron delante de otros hombres; serían idólatras todos los que se postran en presencia del Papa ó de los Obispos; serían idólatras todos los buenos hijos que se arrodillan á los pies de sus padres, implorando su bendición.

—Mas las intenciones se revelan por los actos externos.

—Sí, repuso Julia; cuando los actos externos son claramente significativos de las intenciones; no siendo así, precisa inferirlas del cúmulo de las circunstancias. Y aquí las circunstancias demuestran con absoluta evidencia que adora el católico á la Eucaristía, pero no á la Virgen.

—¿Cuáles son estas circunstancias?

—Sus palabras, y los sentimientos que expresan.

—¿Cómo lo sabeis?

—¡Qué salida! Conozco sus sentimientos

íntimos, como los vuestros. ¿Puedo poner en duda los vestros, cuando teneis el *Prayerbook* en la mano? Lo leéis voluntariamente; por consecuencia, expresáis dichos sentimientos. Lo mismo hacen los católicos todos nuestros libros litúrgicos, el misal, el oficio divino, las ceremonias sagradas, expresan terminantemente la adoración á Jesucristo y la simple veneración á la Madre del Redentor.

—Transeat, dijo John. Quieroos conceder (aunque no me parece claro) que los libros de los sacerdotes consiguen alguna diferencia entre el eulto de Dios y el de la criatura; mas el pueblo . . .

—Yo lo constituyo con todos los demás legos, dijo Julia. Nosotros nos regulamos con el catecismo, donde la doctrina de adorar sólo á Dios está inculcada vivísimamente, mucho más que en vuestros treinta y nueve artículos. Además, aun nosotros, sencillos é ignorantes de la teología, tenemos cien y mil libros devotos, en los cuales la Virgen es reconocida como simple criatura.

—Quisiera verlo claro con mis ojos.—

Julia saltó de su asiento, y deslizose á su habitación, volviendo con cuatro libros ó cinco; hojeándolos delante de John, dijo:—



Recorredlos, señor, estudiadlos, hacedlos pasar por el tamiz, analizadlos; si hallais en ellos solo una palabra, un tilde una alusión que á la Virgen atribuya un poder, no diré divino sino independiente de Dios, rasgad la página idaltárica y maldita, llevándomela después, porque lo hallaré lo mismo que vos.—

Tomando John friamente los libros, entendió una vela, y sentóse aparte en una pequeño cascabel. Julia le dejó hacer; no pensando en otra cosa. Al cabo de quince minutos, el joven se mezcló de nuevo en la conversaci6n, y dijo:—Si no hay inconveniente, tendré los libros aún mañana.

—Cuanto querais, respondió Julia.—

Mistress Needle estaba brasas, pero no se atrevió á interponerse entre Julia y John su hijo era el verdadero culpable de la disputa, el obstinado en llegar á su fondo, y el terco en perpetuarla. Bien puso él de realce su obstinación, añadiendo:—Entre tanto, miss Julia, convenís en que, sea cual sea la doctrina de los libros redactados por los doctos el pueblo adora dulcemente á su Virgen.

—¡Qué paciencia se necesita con vos! exclamó Julia, templando el reproche con la suavidad de la voz y del gusto. El pue-

blo lee como vos y como yo; si no sabe leer, sabe de memoria el catecismo y sus oraciones. No hablo de la *Salve Regina* ni del *Ave maris stella*, porque vos les pondráis la tacha de que son latinas; pero hablo del Ave María, que todos saben en latín y en lengua vulgar. Si os hubiéseis mezclado un poco con los hombres, mujeres y niños del pueblo que alrededor del altar de la Santísima *Annunziata* rezaban devotamente, hubiérais oído un susurro de *Ave marías* capaces de alegrar al ángel Gabriel que las inventó primeramente. Ahora bien. ¿Qué se dice en la oración? *Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros.* ¿Habéis comprendido? *¡Ruega por nosotros!* aquí hay todo un tratado de teología: honrase á María, por ser *santa*, como también por ser *Madre de Jesucristo*, reconociéndose luego su naturaleza humana y dependiente de Dios, al que debe recurrir para impetrar gracias en favor nuestro. He aquí la fe profesada por los sacerdotes, por los doctos y por el pueblo. Ahora gritad contra nuestra idolatría.—

Quedó Jhon herido por la evidencia de tal demostración. Mistress Needle reprimía difícilmente su afán, sobre todo por Clara



y Clemencia, que no perdían una palabra de la discusión, demostrando comprenderla. Su inexorable primogénito, sin confundirse grandemente, dió un paso atrás, cayendo, por decirlo así, de cabeza:—Sí; convenís con nosotros los protestantes en que no se debe adorar á la Virgen.

—Realmente los católicos no lo hacen, añadió Julia.

—Mas ¿cómo compagináis esta moderada veneración con la doctrina expresada por San Pablo, según el que tenemos por *abogado á Jesucristo?*

—Esta es otra cuestión, respondió Julia: cada vez una distinta. Primero, volvedme mi honor. Delante de vuestra madre y de vuestras hermanas, confesad que no soy ídólatra. . . . De lo contrario (añadió Julia con voz conmovida), ¿cómo podría levantar los ojos en esta casa, si pesase sobre mi frente mancha tan sucia?

—No, no; no eres ídólatra, exclamaron las pequeñas, alteradas por la conmoción de su dulce maestra. El grito inocente de las niñas fué un dardo que traspasó de terrible modo el corazón de su madre. Jhon, nada enternecido, respondió con una media sonrisa:—Quedais absuelta. . . ; en cuanto á lo demás, lo veremos después de exami-

nar los libros de oración. De todas maneras, no puedo absolver la falsa piedad con que los católicos invocan la intercesión de la Virgen, sin embargo de que la Escritura indica como mediador al Hombre Dios: “Tenemos por nuestro abogado, cerca del Padre, á Jesucristo justo.”

—¿Y qué inferís de la frase escrituraria? Que Jesucristo es nuestro sumo y soberano mediador. Ciertamente, la Biblia no dice más. Ahora bien; la Iglesia católica os da la razón millones de veces cada día, porque concluye todas sus oraciones solemnes precisamente recurriendo al abogado que deseais: “Per Christum Dominum nostrum,” por reverencia, por los méritos, por la mediación de Jesucristo, Señor nuestro. ¿Estais contento?

—Descontentísimo, respondió Jhon; porque, supuesto este abogado, no discurro á propósito de qué recurrese á otros intercesores honorarios, á procuradores innumerables y á mediadores humanos para que ayuden á un mediador divino. Deberíais saber que hasta San Pablo opina como los protestantes, porque repele toda mediación suplementaria, revelándonos que “Uno es nuestro mediador, Jesucristo.”

—¿He aquí lo que ocurre leyendo á San



Pablo con preocupaciones!, exclamó Julia. Si San Pablo quisiera excluir á todo intercesor para con Dios, no se recomendaría él mismo á las oraciones de los fieles vivos....

—Se recomienda, observó Jhon, para que los fieles recurran por él al mediador Cristo.

—Es precisamente, respondió Julia, lo que hacemos nosotros recomendándonos á la Virgen y á los Santos en general. Nosotros confesamos que Jesucristo es el único mediador por excelencia, que une la naturaleza divina y la humana en sí, por lo cual sus intercesiones alcanzan un precio supereminente é infinito: esto quiere decir San Pablo. Para llegar á Jesús nos servimos de nuestros hermanos que aún viven, y que juzgamos amigos suyos; recurrimos á los Santos del cielo, seguros de que son sus favoritos; y sobre todo, suplicamos á la Madre de Dios, porque ninguno debe tener más imperio sobre un hijo que su madre. Esto, como veis, nada deroga la mediación soberana del Redentor. Supongo por un momento que sois el ministro único de la graciosa reina Victoria, y que toda Inglaterra encuéntrase á vuestra disposición, como Egipto en manos del virrey José. Si

para obtener de vos alguna gracia, otros hiciesen que os hablara vuestra madre, ¿quedaría disminuido vuestro poder? Ciertamente no. Por el contrario, con su conducta reconocerían que sois el único y supremo mediador para la Reina, por empeñarse en llegar á vos, y por no descubrir sin vos medio de llegar á la soberana. En fin, oíd la voz del buen sentido. ¿Dónde está el texto de la Biblia que lo prohíba?

—¿Qué buen sentido?

—Pido que me citeis un texto de San Pablo ó de San Pedro que despoje á la Madre de Jesucristo del derecho inherente á cada madre; es decir, del poder lograr algo de sus propios hijos. Además, ¿por qué sospechais que pueda menos en el empíreo de lo que podía en la tierra? ¿No fué mediadora con su Hijo en las bodas de Caná? ¿Qué honor logra el hijo privando á la madre de sus naturales atributos? ¡El buen sentido, señor Jhon! ¿Paréceos que aumentaría vuestra gloria si vuestra madre nada os pudiese pedir? Sería una vergüenza para la señora, y más aún para vos.

Miró Jhon á su madre vivamente, comprendiendo el gran ultraje que le haría privándola de influencia sobre su persona. Mistress Needle, por un sentimiento semejan-



te, sintió en su rostro la vergüenza, sólo al pensar que podría ser extraña é impotente para el corazón de su hijo. Entonces razonó el corazón más que la mente, suspendiéndose por un rato las hostilidades. Después, según costumbre, Jhon se repuso, y disimulando la convicción que adquiriendo iba muy á su pesar, buscó una honrosa retirada.

—Miss Julia, lo sabeis explicar todo con arte por su lado hermoso y racional; mas temo mucho que las doctrinas romanas sean por vos embellecidas....

—¡Cómo! dijo Julia interrumpiéndole: ¿me creéis capaz de hacer traición á mis creencias, y de disfrazarlas, entreteniéndome con juegos de palabras? ¡Dios me libre!

—Pues bien, os quiero creer, á lo menos por hoy. Decidme solamente cómo podeis cohonestar los visibles excesos que censuramos en los católicos. Todo está lleno de pequeñas devociones y de santuarios en cada país, edificándose siempre otros nuevos: imágenes milagrosas, meses de Mayo, novenas, etc. ¿Dónde y cuándo manda la Biblia que, por decirlo así, se desgrane la religión de tal modo?

Julia no permitió que se cambiara de

asunto, y queriendo robustecer la razón que le habían dado, replicó:—¡Muy bien! Ahora sí que habláis como un filósofo. No es la adoración á María lo que os ofende, ni el honor que se le tributa, ni el recurso á su mediación cerca de Dios. Todo esto lo habeis comprendido según su noción verdadera, y solamente condenais las muchas prácticas piadosas. No os desplace, pues, la sustancia del dogma, sino su excesiva aplicación. A decirme esto desde un principio, hubiéramos disputado un instante nada más, porque los excesos tampoco me gustan á mí; ciertamente que la Biblia no los impone.—

Animóse Jhon por la condescendencia de Julia, que no carecía de intención.—Pues aquí, contestó, está el verdadero nudo de la controversia; porque los protestantes no serían tan enemigos de la devoción de la Virgen, si no estuvieran escandalizados de las exorbitancias del pueblo católico, que vos misma condenais.

—Cuidado con incurrir en error, respondió Julia. Esas exorbitancias son más subjetivas del que las imagina, que objetivas del que las comete. Para formar juicio sobre el poco y el mucho en materia de devoción, necesitaríais antes comprender su



concepto genérico. ¿Queréis que lo exponga en pocas frases?—

Respondió mistress Noedle tirando de la campanilla, que era una señal para que la servidumbre diera por la noche la mano última á las habitaciones, y al mismo tiempo un aviso á los demás para que dejaran de hablar. Fué Julia la primera que se puso en pie, buscó su vela, encendióla prontamente como de costumbre, y retiróse antes de que la familia recitara las oraciones protestantes.

## XXVII.

## CON LA VELA EN LA MANO.

Vanamente Julia cortaba su discurso haciendo ademán de retirarse: habían comprendido las niñas que su amada maestra, hablando de la Virgen, tenía el gobernalle, y que John (á sus ojos más que doctor) le daba casi la razón. Por ello, mal de su grado, se suspendía el debate. Mistress Needle, que lo notó, dijo á Julia:—Es tarde ya;